

TRADICIÓN, MODERNIDAD E HISTORICIDAD EN *EL CABALLERO DE ERLAIZ*

ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA
Instituto Feijóo del Siglo XVIII.
Universidad de Oviedo

Baroja, tras un breve período de autoexilio en Francia, firma *El caballero de Erlaiz* en Itzea en 1941¹. El novelista, cercano a los setenta años, debió preferir la monotonía de un aislamiento voluntario en España, a las incertidumbres de una vida que entraba en su última fase.

Con *El caballero de Erlaiz*, publicada en una pequeña editorial madrileña, La Nave, en 1943, Baroja tuvo el valor cívico de reescribir la historia local de un período, el de la Ilustración española y vasca, que no gozaba precisamente de muchas simpatías entre los ideólogos del nuevo régimen, partidarios de un modelo de estado antieuropeo, antiliberal y ultracatólico. El escaso eco que la obra obtuvo en los mentideros lite-

(1) El incidente de Baroja con un grupo de requetes en Bera, que provoca su salida de España al temer represalias más graves sobre su persona, ha sido comentado muchas veces en la bibliografía del autor. Tras un año largo de estancia en París Baroja volverá a la España nacional acompañado por el conde de Alcubierre, gracias a las gestiones realizadas, entre otros, por el filósofo M. García Morente, tal como lo refiere, por ejemplo, Miguel Pérez Ferrero en su estudio biográfico *Baroja en su rincón*. Julio Caro, en la indispensable biografía familiar de *Los Baroja*, refiere los avatares de la detención de su tío y posterior salida a Francia con la minuciosidad de quien fue testigo directo en aquellas horas amargas, omitiendo el nombre de los favorecedores y mediadores que consiguieron su retorno, citando únicamente y como de pasada las gestiones de “un joven diplomático” que lo acompañaba en su vuelta definitiva.

rarios de Madrid y Barcelona habla bien a las claras de las dificultades con las que un texto de aquellas características podía encontrarse en un ambiente sobrado de prejuicios ideológicos –con el brazo férreo de la censura– y falto de un clima que facilitara la expresión de las ideas que habían sustentado el fenómeno de las luces a finales del siglo XVIII².

Si, como nos recuerda José Carlos Mainer, en sus sueños Baroja deseaba un país vasco antilatino, anticatólico y cosmopolita, con un universalismo que no despreciara las tradiciones rurales de sus pobladores (deseo trasladable a la misma realidad española), se encontraba paradójicamente inmerso en un clima levítico, vaticanista y cuartelero, un país cerrado sobre sí mismo que había eliminado violentamente toda actitud crítica y abierta hacia el nuevo régimen, un orden inflexible impuesto por las armas. Recordemos aquella frase suya en la que definía el ideal de país en el que él se encontraría más a gusto: “un pequeño país limpio, agradable, sin moscas y sin carabineros”, un país que mirara, como ejemplo de convivencia y desarrollo al de la Sociedad Económica Bascongada:

“Aquellos hidalgos abuelos nuestros, aquellos caballeritos de Azkoitia, verdaderos chapelaundis, comprendieron lo que necesitaba nuestro pueblo. Se llamaron Amigos del País ¡cuánta más cultura, cuánta más humanidad representa este nombre solo que no ese cerril y oscuro bizcarrismo!”³.

El caballero de Erlaiz venía pues a rescatar, o a recordar, aquel período esperanzador y pujante, rico en proyectos e iniciativas intelectuales y técnicas; un trozo de pasado histórico que anhelaba la secularización y la modernización, y en el que España y el País Vasco, apoyándose en la exclusiva palanca de las Luces, pretendían enterrar el fanatismo religioso, la ignorancia secular, el casticismo y el ensimismamiento colectivo de aquella sociedad estamental. Y todo ello en una época, la España de 1942, instalada en las antípodas de aquella noble utopía.

(2) No tengo noticia de edición alguna de *El caballero de Erlaiz* (Palau no recoge referencia alguna en este sentido) hasta la realizada en 1976 por Caro Raggio para la conmemoración del centenario del nacimiento del novelista, lo cual viene aportar un dato significativo sobre la suerte de la obra y habla del olvido en el que esta cayó durante todos esos años.

(3) Tomo las dos citas del iluminador Prólogo General escrito por José Carlos Mainer para las Obras Completas del escritor, editadas por el *Círculo de Lectores* en 1997.

En realidad, *El caballero de Erlaiz* cerraba un edificio narrativo que Baroja había ido construyendo, al margen de influencias y escuelas, y con una gran coherencia estética, desde la aparición del volumen de cuentos *Vidas sombrías* en 1900. Un mundo narrativo, el de Baroja, lleno de personajes inadaptados que recorren un camino solitario, en lucha desigual con la sociedad; una galería de personajes errabundos, individualistas y peculiares, como contrapunto a una forma de vida burguesa que en España tenía como único estímulo el dinero, los negocios y el ascenso en la escala social.

En *El caballero de Erlaiz*, un joven de la nobleza media, enriquecida con el dinero americano, retorna de adolescente a su tierra vasca para ser educado bajo la tutela de su tío, don Fermín Esteban de Uranga, que habiendo seguido la carrera militar se había casado y enviudado en Méjico, retornando a España para seguir la carrera eclesiástica y acabar como párroco en el pueblo de Itziar.

Don Fermín era un cura ilustrado, amante de la botánica, la geografía y la medicina, tenía una biblioteca de trescientos volúmenes en castellano, latín y francés, y en su gabinete de trabajo había un barómetro de mercurio, un termómetro, un globo terráqueo de madera construido por él y un anteojo astronómico. Había ideado también un higrómetro de Saussure⁴ y era, asimismo, lector habitual de la Enciclopedia francesa. Influido por el pensamiento racionalista de los filósofos franceses “pensaba –nos dice Baroja– que había que someterlo al análisis todo y ver lo que encerraba de verdadero o de falso”. Baroja nos habla también de sus lecturas (Linneo, La Condamine, la Historia Natural de Plinio y el erudito vasco Astarloa) y de la predilección que sentía por el Emilio de Rousseau, “con el que estaba de acuerdo en muchas cosas”⁵.

(4) Horace Benedict de Saussure (1740-1799), naturalista y físico, profesor de filosofía experimental en la academia de Ginebra, al que se debe el descubrimiento de numerosos minerales, y que fue el primero en establecer los principios de la meteorología racional.

(5) Las lecturas del cura Uranga, orientadas hacia las llamadas “ciencias útiles”, denotan la curiosidad y apertura de miras de determinado clero ilustrado, cuyo referente más directo sería el benedictino Feijóo, aunque curiosamente este no sea citado por Baroja.

El joven Erlaiz, que venía de Méjico con un escaso bagaje en cuanto a educación y formas sociales europeas, ingresa en el Seminario de Bergara para iniciar el período de formación adecuado a un muchacho de la nobleza media bascongada. Allí, en el Seminario, “los profesores –según Baroja– aleccionaban a los discípulos para que fueran sociables, visitaran a los amigos y parientes y supieran presentarse bien en sociedad”. Adrián Erlaiz completará su educación en un colegio de la ciudad bearnesa de Pau, para aprender francés e inglés correctamente. En Pau conocerá a una familia de Azkoitia, los Emparán, una de cuyas hijas acabará enamorándose del joven Erlaiz, siendo correspondida por este. Baroja nos dice que ella, Dolores, y su hermana María Emparán

“a quienes algunos rivales les achacaban de marisabidillas, no tenían más que una idea escolar de la Historia y de la Literatura. Para ellas, las fábulas de La Fontaine, el trozo de Racine o la historia de Luis XV, que les habían enseñado en el colegio de Pau, no eran más que trabajos del curso, deberes, como se decía entre las profesoras del colegio”⁶.

Es evidente que estas hermanas Emparán representan, para Baroja, el nivel de instrucción máxima que las jóvenes de la nobleza vasca podían alcanzar; en sucesivas escenas que tienen lugar en el relato, las hermanas Emparán y algunas otras amigas de la casa lucen sus gracias en los bailes, fiestas y refrescos que el padre organiza en sus salones para presentarlas en sociedad, pero Baroja deja bien claro que el apego de los jóvenes –hombres y mujeres– por los bailes tradicionales y la música popular del país añadía una tintura de ruralismo que la moda francesa y la nueva sociabilidad ilustrada no habían logrado eliminar:

“Adrián y Dolores bailaron también el auresku en la plaza del pueblo al son del chistu y del tamboril, y entonces ya no era ella una damita elegante y él un pisaverde, sino ella una muchachita de aldea y él un mozo capaz de dar saltos endiablados y pasarse una hora danzando”⁷.

(6) p. 90.

(7) p. 71.

Baroja marca, de esta forma, uno de los rasgos singulares que vienen a caracterizar el perfil peculiar de aquella ilustración vasca, crecida a la sombra de la Real Sociedad de Amigos del País y del Seminario de Bergara. En medio de aquel ambiente optimista, que iba lentamente conduciendo hacia otras formas de vida y de relación social, Baroja no olvida recordar cuáles son las limitaciones del movimiento reformador en el País Vasco, y el contexto concreto donde se están produciendo todas estas novedades, resaltando el sustrato rural sobre el que se había fundido el nuevo espíritu:

“había pequeñas conspiraciones de las madres para que sus hijas tuvieran mayores éxitos que las demás muchachas y que algunas de aquellas señoras no tenían inconveniente en emplear recursos de mala ley. *Estas gentes orgullosas de aldea* se estudiaban unos a otros como un gato puede seguir los movimientos de un ratón”⁸.

En aquella pequeña sociedad rural, como acabó ocurriendo en otros lugares de España con las Sociedades Económicas, la pertenencia a los Amigos del País daba un tono de prestigio a los individuos particulares que les hacía sentirse orgullosos de formar parte de una élite tan exclusiva. Sin embargo, Baroja no pasa por alto la superficialidad de muchas de aquellas adhesiones, que se pone de manifiesto en la ausencia de compromiso frente a los trabajos societarios. Así nos dice que “los Emparán habían sido hacía años de la Sociedad Económica de Amigos del País, pero comenzaron a encontrar que esta sociedad marchaba por caminos un tanto peligrosos y que no era muy prudente intervenir en sus trabajos”⁹.

Es indudable, sin embargo, que en aquellos círculos sociales bascongados había personas que se habían sumado, con el entusiasmo de los conversos, al tren de la cultura europea y que poseían unos conocimientos similares a los que podían exhibirse en los salones y

(8) p. 97.

(9) p. 69. El fenómeno se repetiría en la mayor parte de las sociedades creadas a lo largo y ancho de la geografía española, sobre todo a partir de 1789, cuando el poder intuyó que aquellos núcleos de personas entregadas, en muchos casos, a la reforma de las estructuras sociales y económicas, podían suponer un peligro para la estabilidad de la corona.

tertulias madrileñas. Baroja cita profusamente una serie de personajes, tanto apócrifos como reales, que muestran un exquisito gusto por las novedades científicas o literarias de la época: “el muerto era uno de los suscriptores a la Enciclopedia”¹⁰; “en las Navidades se representó la comedia de Marivaux *El desenlace imprevisto* y luego *Las castañeras picadas* y *Las tertulias de Madrid*, de don Ramón de la Cruz”¹¹; “el párroco Arbizu era entusiasta de Voltaire como poeta, aunque no de su filosofía ni de su pesimismo sarcástico [...] conocía también la poesía francesa y leía versos de Ronsard, de Malherbe y de Boileau [...]. En las fiestas y veladas siempre extraía algunas poesías del patriarca de Ferney. No decía de quién eran para no escandalizar a la concurrencia”¹²; “Aristizabal, el organista, ejecutaba con María Emparán sonatas de Bach, Haydn y Mozart. Otras veces, Zabaleta se ponía al clave y tocaba con Gastón de Olano en el violoncello, trozos clásicos”¹³; “El mismo Aristizabal, de joven, había visitado con frecuencia la casa de don Pedro de Olabide, y en ella conoció al maestro Bocherini, que vivía en la miseria”¹⁴; “Arbizu era partidario de las comedias de Moratín y le

(10) p. 93.

(11) El comediógrafo francés Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux (1688-1763) fue uno de los dramaturgos galos más traducidos e influyentes en las últimas décadas del siglo XVIII en España. La obra que cita Baroja, *El desenlace imprevisto* (*Le dénouement imprévu*) fue estrenada en 1724. Una obrita refinada y sensible sobre el amor, muy propia para ser representada en los salones aristocráticos españoles. En cuanto a las dos piezas de Ramón de la Cruz, la primera, *Las castañeras picadas*, se estrena en el teatro del Príncipe en 1787 por la compañía de E. Ribera, y la segunda, *Las tertulias de Madrid o el por qué de las tertulias* fue compuesta en 1770 y representada ese mismo año, siendo la conocida actriz María Ignacia Ibáñez la encargada de darle vida a la principal protagonista doña Inés.

(12) p. 104.

(13) p. 105.

(14) ¿Se refiere Baroja al ilustrado y reformador peruano Pablo de Olavide, confundiendo su nombre? En efecto, Pablo de Olavide mantuvo abierta una tertulia muy exclusiva en su casa de Madrid, entre los años 1766 y 1768, a la que asistían entre otros Campomanes, Clavijo y otros conocidos ilustrados. Es, no obstante, improbable que Olavide y Boccherini compartieran el mismo ámbito tertuliano, puesto que el músico italiano llega a Madrid en 1769, cuando Olavide reside ya en Sevilla, ocupado en las labores de corregidor de la ciudad y de la superintendencia de las Nuevas poblaciones de Sierra Morena.

gustaban los versos¹⁵ dulzones de Metastasio”; “un primo de doña Petra creía que recitaba muy bien los versos de Moratín y de Jovellanos”¹⁶.

Se pueden ofrecer otras muchas muestras de conversaciones en las que los personajes de aquel microcosmos lucen sus conocimientos sobre la cultura europea de la época. Se habla del famoso tenor Garat, preferido de María Antonieta¹⁷; el ya citado Aristizabal asiste a representaciones de operas de Paesiello, Pergolese, Cimarosa, Mozart y Cherubini¹⁸; se opina sobre la polémica mantenida entre Glück y Piccinni¹⁹; se extienden las noticias sobre los inventos del célebre

(15) p. 112. Pietro Trapassi, Metastasio (1698-1782), autor de conocidos melodramas y oratorios que fueron musicados por compositores tan destacados como Vivaldi, gozó de un gran prestigio en los círculos poéticos y musicales españoles en los años 1750-69 y en la postrera década de 1790, hasta el punto de que uno de los mejores estudiosos de su influencia en España llega a hablar de “tiránica presencia de Metastasio en la escena y en la imprenta españolas” (vid. Joaquín Arce, *La poesía del siglo ilustrado*, Madrid, Alambra, 1980, p. 86).

(16) p. 112.

(17) Se refiere Baroja al célebre cantante de probable origen vasco-francés Jean Pierre Garat (Burdeos, 1764 - París, 1823), que paseó su exquisito timbre de voz por toda Europa, llegando a actuar en Madrid en la última década del siglo. Fue seguidor de Glück frente a Haendel y se convirtió en profesor de música de la reina María Antonieta.

(18) Se trata de los músicos italianos Giovanni Paisiello (1740-1816), autor de más de cien óperas, rival de Piccinni y de Cimarosa y protegido de Catalina II y de la familia Bonaparte; Giovanni Bautista Pergolesi (1710-1736), creador prolífico de música sacra –oratorios, misas, salmos, motetes– así como de óperas, cantatas y música de cámara. Su *Stabat Mater* sigue considerándose como una joya musical y forma parte habitual de los conciertos de música religiosa; Doménico Cimarosa (1729-1801) obtuvo enormes éxitos en su trayectoria como compositor de misas, oratorios, sonatas, conciertos para oboe y varios instrumentos; por último, Luigi Cherubini (1760-1842) fue director del conservatorio de París y maestro de capilla de Luis XVIII. Escribió óperas que marcan el tránsito del período neoclásico al romántico, en el que se inscribe, por ejemplo, su ópera *Ali-Babá* de 1833.

(19) El gran compositor alemán mantuvo esa polémica con el autor italiano Nicola Vito Piccinni (1728-1800) en el continuado contexto de opiniones enfrentadas entre la barroquizante ópera italiana y las nuevas ideas surgidas al calor del neoclasicismo estético. En 1767, Glück escribe un prefacio a su ópera *Alceste* en el que plasma una especie de manifiesto que supondrá la verdadera reforma del género operístico, dando fin, en los años 1775 a 1779, a las querellas que habían tenido lugar durante el siglo. El italiano Piccinni, un músico menor y discreto, había conseguido una cierta notoriedad en Francia, pero en esta polémica fue utilizado por quienes no querían enfrentarse directamente con el gran compositor alemán.

mecánico Vaucausson²⁰ y se citan los estudios del naturalista Palassou, autor de un registro mineralógico de los Pirineos²¹, así como otras muchas novedades que eran discutidas y comentadas con gran agitación e interés.

La instrucción y educación del joven Erlaiz se completa con su posterior estancia en el Seminario de Bergara. Baroja describe con cierta morosidad el clima intelectual y humano del colegio, expresando el respeto y la simpatía que le provocan sus iniciativas y sus logros:

“En el Seminario de Bergara, fundado bajo los auspicios del conde de Peñaforida existía, aunque mitigadísimo, el espíritu de la Enciclopedia. Quizás no había muchos que hubiesen ojeado el diccionario célebre en el tiempo, pero los fundadores del Seminario lo conocían y lo comentaban. Este espíritu habría producido las Sociedades de Amigos del País que se corrieron por toda España [...]. A los inspiradores del colegio de Bergara, de una ligera tendencia modernista del tiempo, *les gustaban las costumbres o por lo menos la indumentaria tradicional* [...]. Los alumnos vestían uniforme, llevaban espadín y se les llamaba caballeros. La gente del pueblo les decía caballeritos [...]. En el Real Seminario de Bergara había profesores españoles y extranjeros. Algunos, como los franceses Proust, Chabaneau y Tumbor, fueron muy celebrados. El químico José Luis Proust, el más célebre de ellos que explicó en el Seminario, fue después nombrado profesor de la Escuela de Artillería de Segovia y de Salamanca, muy protegido por Carlos IV. Cuando volvió a Francia tuvo una célebre discusión con el célebre químico Berthollet de la que salió triunfante [...]. El director, don José de Iturriaga, hablaba con delectación a los alumnos de los socios ilustrados de la Sociedad Económica de Amigos del País, entre los que destacaban sabios tan célebres en el mundo entero como los astrónomos

(20) Jacques de Vaucauson (1709-1782), inventor y constructor de máquinas y herramientas que perfeccionaron las actividades industriales, creador también de los primeros autómatas, en la década de 1730, de sofisticados engranajes, para los niños de las clases privilegiadas.

(21) Pierre Bernard Palassou (1745-1830), uno de los padres de la geología francesa moderna, escribe en 1781 su *Essai sur la mineralogie des Monts Pyrénées*.

Laplace, Lalande, Bailly, los químicos Proust y Fourcroy, el naturalista Dabenton y otros muchos”²².

Y acaba Baroja con una consideración que explica, en alguna medida, la abierta simpatía que provocaba en él aquel clima de cientifismo, bajo la primacía de la razón y la curiosidad intelectual: “Era aquella una época para la gente de talento casi mejor que fue luego el siglo XIX, aunque quizá sin tanto brillo”²³.

Esta idea de un siglo XIX como centuria frustradora de esperanzas en la regeneración moral y cultural de España, cobra especial fuerza en el texto barojiano, porque viene a repetirse como un eco audible en el relato. Refiriéndose al País Vasco dirá en páginas anteriores que

“Guipúzcoa ha dado en el siglo XVIII buenos marinos y algunos eruditos, y en el XIX sus hombres más notables, además de algunos militares como Zumalacárregui, Jáuregui y Urbiztondo, son gente de caserío, gente humilde [...]. Después de ellos no hay en el país más que mediocridades”²⁴.

(22) p. 131. En nuestro subrayado insiste Baroja en la consideración del tradicionalismo del que hacen gala estos ilustrados, como he tenido ocasión de comentar en la nota 71. No sobra recordar que el epíteto de “caballeritos” fue puesto en circulación por el jesuita padre Isla, como consta en la segunda de las cartas que dirige al conde de Peñaflores, con el que mantiene una relación epistolar de notable interés (la carta en cuestión en que alude a *los caballeritos* está fechada el 3 de marzo de 1759). La transcribe íntegra Joaquín Iriarte, S.J., *El conde de Peñaflores y la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (1729-1785)*, Colección Ilustración Vasca, tomo IV, Donostia-San Sebastián, 1991, p. 207).

Hay que decir, por otra parte, que la historicidad de los nombres que Baroja cita, bien como miembros del claustro de profesores de Bergara –incluido su director José de Iturriaga–, bien como socios destacados de la Bascongada, es real y está perfectamente documentada.

(23) p. 131.

(24) Pp. 80 y 81. Seguramente piensa el novelista en marinos como Oquendo, Lezo Lángara, Mazarredo o Churrua, y en eruditos como Astarloa, al que cita en más de una ocasión en el texto, Laramendi, Moguel o algunos otros ligados a los estudios filológicos y etnográficos. De todas formas el juicio de Baroja debe ser tomado con la reserva lógica que producen muchos de sus juicios, sin que por ello disminuya el interés que estos nos provocan.

A punto de concluir sus estudios en el Seminario de Bergara, el joven Adrián Erlaiz es víctima de una maledicencia, provocada por un compañero de estudios aragonés, Fermín Castejón, que va a tener graves consecuencias, dado que afecta a su credibilidad como novio de Dolores Emparán. Erlaiz debe abandonar Azkoitia, pasando a Irán, donde es obligado a alistarse en el ejército (que en ese momento se preparaba para repeler una más que probable incursión de los revolucionarios franceses), bajo las directrices de Godoy, que veía en la guerra contra la Convención un reforzamiento de su influencia personal en la corte.

Una vez frustradas las esperanzas de salvar la vida de Luis XIV, incluso a costa de reconocer la República y mediar ante otras potencias para alcanzar la paz, Godoy, tras desterrar a Aranda, que se oponía a las operaciones militares contra Francia, ordenó al ejército ocupar parte del País Vasco francés, la región de Aquitania y la parte más occidental del Bearn. Erlaiz lucha, pues, contra los republicanos del general Moncey en una columna mandada por el marqués de la Romana²⁵ y es herido en combate.

Estamos en 1793. Cogido prisionero por los franceses, tras un período de tiempo convaleciendo de sus heridas, Erlaiz, después de múltiples peripecias y de buscar la protección de algunas personas influyentes, como el revolucionario francés Tallien (marido de Teresita Cabarrús), logra huir a través de la frontera con Navarra. De allí, burlando la vigilancia de las patrullas francesas que habían ocupado ya parte de Guipúzcoa, consigue llegar hasta Azkoitia, se casa en secreto

(25) El general Adrien Jeannot de Moncey estuvo al frente del ejército de los Pirineos occidentales, cuando los franceses ocupan Fuenterrabía y San Sebastián a primeros de agosto de 1794. Se retira con sus tropas al firmarse la Paz de Basilea en 1795. En 1804 obtiene el nombramiento de mariscal. Tomó la ciudad de Valencia al mando del III Cuerpo de ejército en 1808. Intervino en la caída del trienio liberal como expedicionario de los Cien Mil hijos de San Luis, rindiendo la plaza de Barcelona.

Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana (1761-1811) tomó parte en la guerra del 93-95 contra la Convención como coronel de infantería, ascendiendo a teniente general por hechos de combate. Se vio obligado a jurar a José Bonaparte, pero acabó pasando a Inglaterra al frente de 10.000 hombres, sucediendo a Blake en el mando de las tropas de Galicia en 1808.

con Dolores Emparán, que había recuperado la fe en su inocencia en el asunto que los había separado, embarcando ambos hacia Méjico para iniciar una nueva vida.

Bien. Hasta aquí he venido refiriendo el hilo argumental de la novela barojiana, introduciendo en él, tanto los elementos configuradores del texto, como el punto de vista que el novelista adopta acerca de los sucesos históricos que sirven de base al relato, que nos obligan a interrogarnos sobre la historicidad de la novela.

El caballero de Erlaiz es una novela de hilvanés; una ficción narrativa construida a base de recosidos de materiales varios que se han ido yuxtaponiendo muy en la línea de las estrategias características de los relatos barojianos (la dispersión de espacios y escenarios, profusión de personajes que aparecen y desaparecen, bifurcaciones episódicas que no son significativas en el discurso de la historia); y, además de todo ello, un hibridismo de géneros que está en los presupuestos teóricos de la narrativa barojiana. Recordemos al respecto esas consideraciones tan repetidas por la crítica, aunque no pocas veces con carácter negativo, de que la novela –como afirmaba el autor– era un artefacto abierto y hondo en el que cabía toda suerte de elementos compositivos:

“La novela no es un informe científico poblado de personajes representativos, sino un género proteico, en formación, en fermentación: lo abarca todo: el libro filosófico, el libro psicológico, la aventura, la utopía, lo épico. Todo absolutamente”²⁶.

Este hibridismo genérico permite al novelista moverse tanto en clave de novela histórica como en el relato de aventuras, el folletín o la reflexión ensayística. Baroja se sirve de la historia –en este caso la historia de los Amigos del País y de los *caballeritos* de Azkoitia, con su correpondiente expresión práctica de Bergara– no para ofrecer de ella una copia literaria, como podría haber hecho Galdós con sus *Episodios*, sino para probar su nivel de resistencia, su potencia como elemento susceptible de ser narrada, abierta a la manipulación irónica del novelista.

(26) En el prólogo doctrinal a *La nave de los locos*, de 1927, que Baroja escribe “espoleado” por las *Ideas sobre la novela* de Ortega (1925), y que suele verse como la “*la vulgata*” de las ideas narrativas del autor, tal como lo ve y define Mainer en su Prólogo General ya citado (p. 47).

En este sentido, *El caballero de Erlaiz* no es estrictamente una novela histórica, sino más bien la oportunidad que los materiales históricos ofrecen al escritor para que este los reinterprete con los criterios intelectuales de los que él mismo quiera disponer. La historia externa de las actividades de la Sociedad de Amigos del País, la existencia del colegio de Bergara, han sido ya codificadas por la historiografía correspondiente. Lo que a Baroja le interesa es aquella parcela del conocimiento en la que apenas entran los historiadores de oficio: el espíritu contradictorio, complejo, de los que levantaron aquel edificio singular y formidable, su moldeable condición para ser convertidos en personajes de ficción, su adaptabilidad literaria, en definitiva.

El caballero de Erlaiz participa de una idéntica sensibilidad estética, de las mismas fuentes de las que brota el sentimiento romántico en la mayor parte de las novelas de Baroja; la que aparece a manos llenas en los veintidós tomos de *Las memorias de un hombre de acción*, la época de aquellos héroes representados por los “alborotadores, los sanguinarios, los turbulentos, los Aviranetas”, en el marco de esa España que corre entre la Revolución francesa del 89 y el apogeo del liberalismo²⁷.

Ahora bien. Insisto en que *El caballero de Erlaiz* no es en sentido estricto una novela histórica. En las novelas históricas los personajes repiten, con el mayor nivel de verosimilitud posible, los hechos, sucesos, acontecimientos o conflictos que la propia historia nos vindica como tales, lo cual no viene a negar, en este caso, la historicidad externa del relato. Un repaso demorado por los nombres de los personajes que aparecen solo como figurantes sin frase en la novela, demuestra hasta que punto Baroja conoce muy bien la época, manejando perfectamente las categorías espaciales y temporales que le sirven para introducir al lector en el conocimiento de aquel complejo período histórico. Muchos de los nombres que se pasean

(27) Tomo la cita literal de José Carlos Mainer y suscribo, asimismo, lo que afirma sobre la elección de la época con la que el escritor se identificaba, tanto desde el punto de vista personal como estético (Vid. el Prólogo General ya citado, p. 42).

por estas páginas, y que son aludidos únicamente por su condición de miembros de la Sociedad Bascongada, lo son efectivamente (los Emparán, Xavier Ignacio de Eguía, José Hurtado de Mendoza, José de Iturriaga, Antonio de Aguirre, Vicente Tofiño, el Tte. Coronel Velaz, el alcalde Michelena, Cipriano de Anduaga, y otros); o en los casos de profesores del Seminario de Bergara (Martín Erro, Jerónimo de Mas, o miembros franceses como el físico Francisco Chabaneau, el químico Luis Proust o el geólogo Andrés Tumborg, por ejemplo).

Diríase que Baroja pretendió recrear la historia de la Ilustración vasca o, al menos, impregnar su relato de los elementos esenciales que configuraron aquel brillante y singular período, estableciendo una especie de complicidad con el lector, con una serie de guiños que no pasan inadvertidos para este. Con *El caballero de Erlaiz* Baroja tensaba la cuerda de la censura, en manos de aquellos para los que resultaban insoportables las actitudes y los logros de los reformistas ilustrados ligados a las sociedades económicas, con sus propuestas renovadoras que chocaban a menudo con la mentalidad del poder estamental; por otra parte, la novela definía claramente a qué tipo de afinidades políticas e intelectuales no quería renunciar Baroja.

La adhesión del escritor a los principios civiles de aquellos ilustrados está, sin embargo, lejos de la apología incondicional. Sus ilustrados —y no le faltaba razón— son hombres contradictorios, cautivos todavía de un sustrato religioso que obstaculizaba su definitiva emancipación como hombres libres; hombres bienintencionados pero limitados, hombres de progreso intelectual pero también de orden y de apego a las tradiciones, razonablemente innovadores pero también peligrosamente ensimismados en aquel clima de expectativas casi siempre frustradas.

El caballero de Erlaiz es una novela crepuscular en la que se resume y condensa el ideario individualista barojiano. Así, al lado de Bergara y la Sociedad, que son símbolos del futuro, aparece el aire legendario de Zugarramurdi, como representación del pasado. En medio de la superstición y la brujería, el mundo de los contrabandistas, cómicos y titiriteros, la aristocracia complacida y aburguesada de los salones.

Años más tarde, otro escritor vasco, el poeta Gabriel Celaya, escribiría un poema titulado *Rapsodia Euskara* que el propio Baroja habría suscrito como homenaje a aquellos jóvenes optimistas de la Ilustración:

Los caballeritos bailan el minué,
Componen figuras,
Las borran después
No hacen nada; nada
Parece el cortés
Gesto con que bordan
O burlan la ley.
Media vuelta. Gracias
Y al trabajo. Amén²⁸.

(28) El poema se incluye entre los versos de *Baladas y decires vascos*, de 1966.